

SEAL TEAM SIX

MEMORIA CRÍTICA

HOWARD E. WASDIN
Y STEPHEN TEMPLIN

SEAL TEAM SIX
Memorias de un francotirador
de las fuerzas especiales

Traducción de Ricardo Artola

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2012

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Seal Team Six*

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández

Ilustración de la cubierta: © U. S. Government / public domain

Fotocomposición: Víctor Igual

© 2011, Howard E. Wasdin y Stephen Tamplin

© 2012, de la traducción: Ricardo Artola

© 2012 de la presente edición para España y América:

CRÍTICA, S.L., Diagonal 662-664, 08034 Barcelona

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-9892-374-2

Depósito legal: B. 9.806-2012

2012. Impreso y encuadernado en España por Egedsa

Notas

Nota del autor

Algunos nombres, lugares, fechas y tácticas han sido modificados u omitidos para proteger a los operadores y sus misiones.

Nota del traductor

Dada la gran cantidad de referencias del autor a diversos tipos de medidas —especialmente de longitud—, y con el fin de buscar un compromiso entre la precisión y la legibilidad, el traductor ha optado por hacer una conversión aproximada de dichas medidas. Así, por ejemplo, se da la distancia de 450 metros cuando el autor hace referencia a 500 yardas. La cifra exacta es 457 metros. Entiendo que mantener la distancia exacta provoca que el lector tenga más dificultades para hacerse una idea de lo que el autor quiere transmitir.

Por otra parte, se ha traducido la mayor cantidad de términos posibles, huyendo de la socorrida fórmula de dejar los nombres de instituciones y similares en inglés. Sin embargo se han mantenido los acrónimos del original, de modo que el lector no encontrará correspondencia entre ambos.

Prólogo

El Team Six de los SEAL son los caballeros Jedi de los equipos de la Marina de Estados Unidos de mar, aire y tierra. Se ha dicho que han trabajado con la CIA y con otros para matar a Osama Bin Laden. Yo, que he sido condecorado con la medalla Silver Star cuando operaba como tirador del Team Six de los SEAL, conozco de primera mano cómo lucha contra el terrorismo el Team Six.

Antes de convertirme en miembro de esta unidad de élite, tuve que superar algunos de los procesos de formación más duros del mundo, empezando por el entrenamiento básico en demolición submarina de los SEAL. Después de servir en combate con el Team Two de los SEAL, me presenté voluntario y fui seleccionado para el Green Team, el ala de entrenamiento del legendario Team Six de los SEAL. Las enseñanzas del Green Team iban desde la práctica de combate terrestre hasta el combate sin armas. No aprendíamos a abrir las cerraduras de las puertas, sino a hacer que saltaran las bisagras.

Todo el entrenamiento de los SEAL implica un trabajo repetitivo continuo, y el periodo preparatorio para la misión que tuvo como resultado la muerte de Bin Laden no fue una excepción. Cuando estaba en el Team Six disparábamos cientos de cartuchos al día. Se ha dicho que en un año gastamos más dinero, simplemente en munición para la pistola de 9mm, que todo el cuerpo de Marines en toda su munición. Pero no disparamos por gusto. Al hacerlo repetidamente, en diversas situaciones, los operadores pueden actuar con memoria

muscular, lo cual es especialmente útil cuando hay una sobrecarga sensorial en el caos de la batalla.

Los SEAL también aprenden la importancia de la recopilación de información. Este proceso puede ser extremadamente tedioso y consumir mucho tiempo, y estar, además, lleno de obstáculos políticos y otras dificultades. Los analistas tratan de reunir inteligencia humana y técnica. Aunque los chismes y trastos tecnológicos son útiles en la recopilación de información, valdrían poco si no hubiera seres humanos valientes que se infiltran en territorio enemigo y hacen las preguntas adecuadas —seres humanos que pueden ver y oír lo que la tecnología no puede, que pueden encontrar un significado al contexto del entorno—, un trabajo en el que los agentes de la CIA son especialmente hábiles. Meses después de que Bin Laden planeara y organizara los ataques del 11 de septiembre, el comandante de la Delta Force Dalton Fury, utilizando información de la CIA y de otros servicios, le acorraló en Tora Bora, el conjunto de cuevas en las Montañas Blancas del este de Afganistán; sin embargo, la falta de apoyo del Mando Central de los Estados Unidos dejó abierta la puerta de atrás para que Bin Laden se escapara a Pakistán.

Pero, dos años más tarde, el tercero en la jerarquía de Al Qaeda, Jalid Sheij Mohammed, fue capturado y, después de que la CIA le interrogara, se dieron cuenta de que aunque los principales comandantes de Bin Laden no sabían dónde se encontraba, su correo sí tenía que saberlo, para poder entregarle los mensajes. Encuentra al correo y encontrarás a Bin Laden. Se creía que el líder de Al Qaeda se había estado ocultando en cuevas cerca de la frontera entre Afganistán y Pakistán, pero la CIA siguió a su correo hasta un lugar cercano a la Academia Militar de Pakistán en el pueblo de Bilal, en Abbottabad. Allí se ubicaba un cuartel general de 250.000 dólares protegido por muros rematados con alambre de espino. La casa tenía dos puertas de seguridad. No tenía teléfono ni conexión a internet. Sus habitantes quemaban la basura, en lugar de depositarla en los cubos, como hacían sus vecinos. Algunos de la zona pensaban que los misteriosos ocupantes de la casa eran traficantes de drogas.

A principios de abril de 2011, en el Campo Alpha, un área restringida de la base aérea de Bagram, en Afganistán, el JSOC (Man-

do de Operaciones Conjuntas Especiales) había construido una réplica del probable cuartel general de Bin Laden para el Team Six de los SEAL, con el fin de que lo utilizaran para realizar un ensayo general.

El vicealmirante William H. McRaven, comandante del JSOC, que supervisa las unidades de misiones especiales, como el Team Six y la Delta, escribió en su libro *Spec Ops* que para que una misión tenga éxito tiene que ser sencilla, limitándose el número de sus objetivos, reuniendo buena información y realizándola de una manera innovadora. Aunque esta era una operación de alto riesgo, los objetivos eran pocos y sencillos: capturar o matar a Bin Laden y reunir información. El elemento de innovación se volvería evidente más tarde, en el aire.

Por muy meticulosa que haya sido la planificación, los últimos días que llevan a la captura o asesinato de un terrorista pueden ser frustrantes. Te preparas y corres a los helicópteros simplemente para escuchar «Retirada». El objetivo no está en casa. La información no puede ser verificada. La fuente no es fiable. Una y otra vez.

Pero el viernes 29 de abril de 2011 el presidente Obama tomó la decisión de poner en marcha la Operación Lanza para capturar o matar a Bin Laden. Para que una operación especial tenga éxito la seguridad es fundamental, por eso no se contactó con funcionarios extranjeros, como tampoco fue informado nadie fuera de un pequeño círculo del gobierno estadounidense.

Para el Team Six de los SEAL había llegado el momento del «comienza el juego». Había muy poca luz lunar en el cielo oscuro. Portaban gafas de visión nocturna, y cada SEAL llevaba un fusil M4 con cientos de cartuchos de munición y una pistola SIG-Sauer 9mm en la cintura como apoyo. Veinticuatro SEAL con cuatro helicópteros podrían ser suficientes para desmantelar el escondite de Bin Laden: dos francotiradores en uno, dos más en el segundo, diez asaltantes en el tercero, y diez más en el cuarto. Se ha dicho que en la misión para capturar a Bin Laden, el 160.º Regimiento de Aviación de Operaciones Especiales utilizó helicópteros secretos furtivos. Los paracaidistas rescatadores de la Fuerza Aérea tendrían sus propios «helos» de apoyo, por si acaso. Los «helos» despegaron de Jalalabad, en el este de Afganistán, utilizando tecnología de última generación para sor-

tear los radares paquistaníes. Otro aparato tecnológico cortaría los teléfonos móviles y la electricidad de la zona del objetivo.

Sé lo que es ser el hombre de la cuerda en este tipo de misiones. Te sientas dentro de la puerta del «helo», en medio de un rollo de cuerda. Cuando el «helo» despegas, sujetas fuerte la cuerda con la mano izquierda para que el viento no haga que esta se deslice por la puerta. Los «helos» vuelan bajo, de modo que son más difíciles de detectar.

«Quince minutos.» La voz del tripulante del «helo» en los auriculares transmite información del piloto.

«Diez minutos.» La sorpresa, la velocidad y la violencia de la acción serán primordiales.

«Cinco minutos.» El ambiente está intensamente cargado y concentrado, pero no es tenso. El ritmo de la operación hubiera sido alto, pero después de incontables misiones en Afganistán e Irak todos los miembros del Team Six que asaltarían la residencia de Bin Laden probablemente ya eran encallecidos veteranos de guerra.

«Tres minutos.»

«Un minuto.»

De repente, uno de los «helos» está luchando por mantener la altitud. Las altas temperaturas y los altos muros bloquean el rotor en un torbellino descendente. Uno de los rotores roza un muro, se desprende, y el «helo» golpea el suelo en un choque controlado. Se ha perdido el elemento sorpresa, pero los hombres siguen teniendo la velocidad y la violencia de la acción a su favor —y una firme creencia en hacer justicia a todos aquellos que murieron en los ataques del 11-S.

El pájaro indemne coloca su nariz en ángulo ascendente mientras el piloto frena. Cuando el «helo» está en posición encima del complejo de Bin Laden, el hombre de la cuerda echa los veintisiete metros de soga por la puerta. «¡Cuerda!» El «helo» no va a aterrizar.

«¡Adelante!» El hombre de la cuerda la agarra y se desliza hacia abajo como si fuera la barra fija de un bombero —excepto que el SEAL lleva 45 kilos de equipo—. Tiene que agarrarlo fuertemente para evitar que se esparza por el suelo, pero tampoco puede ir demasiado despacio, por que retrasaría a los que están encima de él. Literalmente, sus guantes echan humo en la bajada. Los pilotos también

tienen trabajo que hacer: mientras están bajo el fuego enemigo, su carga se aligera de pronto cada vez que los 90 kilos del SEAL y sus 45 kilos de equipamiento llegan al suelo, y los «helos» tratan de ascender para compensar —con riesgo de desplazar al siguiente SEAL que está deslizándose por la cuerda.

Fuera del complejo de Bin Laden, soldados especiales protegen a los asaltantes de intrusos que puedan acudir para ayudar al enemigo.

A la 01:00, un equipo de los SEAL abre un agujero a través del muro de la casa de invitados que está separada de la principal. Los SEAL entran, desplegándose a izquierda y derecha; pronto se hace la calma. El correo de Bin Laden, armado, trata de resistirse y es asesinado. Su mujer, a pesar de estar desarmada, también trata de resistirse y la matan.

El otro equipo entra en el edificio principal, donde vive Bin Laden. Atacando a través de las puertas, limpian a izquierda y derecha, reuniendo a todos los que pueden. Por mucho que algunos quieran centrarse en el aspecto asesino del trabajo de los SEAL, los terroristas a menudo son más valiosos cuando son capturados vivos que muertos, especialmente para reunir información.

En la planta baja del edificio principal un pariente del correo se enfrenta a los SEAL y es abatido. Desde la escalera, el hijo de Bin Laden también se niega a obedecer y le matan.

Cuando los SEAL entran de golpe en la habitación de Bin Laden, su quinta mujer, Amal Abdul Fatah, se abalanza sobre ellos —los comandos le disparan en una pierna para detenerla—. En lugar de rendirse, Bin Laden decide resistirse —y recibe las balas de los SEAL en el pecho y la cabeza—. Cerca de él se encuentran un AK-47 y una pistola Makarov. Lleva quinientos euros y dos números de teléfono cosidos a su ropa.

Un SEAL transmite por radio: «Gerónimo, E-KIA». Bin Laden, el enemigo, ha sido muerto en combate.

Los equipos utilizan esposas de plástico muy fuerte, como las de la policía, para controlar a las otras once personas que hay en el complejo. Después de asegurar la zona limpiándola del alijo de armas y otros peligros, buscan y reúnen toda la información posible: discos duros, equipos electrónicos, DVD, lápices de memoria, papeles, etc.

Dejan a los detenidos esposados para que los encuentren las fuerzas paquistaníes.

Fuera, los SEAL hacen explotar el «helo» derribado para proteger su equipamiento secreto, y cargan el cadáver de Bin Laden con ellos en un helicóptero.

El equipo de asalto ha entrado y salido en menos de cuarenta minutos. Posteriormente llevan el cadáver de Bin Laden al USS Carl Vinson en el norte del mar Árabe. Su identidad será confirmada mediante la longitud del cuerpo, pruebas de reconocimiento facial biométrico y pruebas genéticas. El cuerpo es lavado, envuelto en una sábana blanca, colocado en una bolsa con peso y recibe un entierro islámico en el mar.

Mientras tanto los miembros del Team Six de los SEAL regresan a su base en Virginia Beach, en Virginia, se quitan el equipo, lo limpian, y se aseguran de que sus armas están cargadas y que todo está listo para volver otra vez. Ahora dan parte. Discuten con sus jefes lo que fue mal, como el accidente del helicóptero, y lo que fue bien, como completar su misión. Posteriormente el presidente Obama les felicitará en privado. A la luz del tesoro de información que han traído con ellos, esos mismos SEAL estarán preparados, listos otra vez, para capturar al siguiente terrorista.

A diferencia de la operación para capturar o matar a Bin Laden, la mayoría de las misiones del Team Six de los SEAL permanecen ocultas al público en general, a sus propias familias e incluso a sus compañeros SEAL.

Yo fui francotirador del Team Six. A partir de esta página os cuento mi historia.

PRIMERA PARTE

Me gusta disparar, y me encanta cazar. Pero nunca he disfrutado matando a alguien. Es mi trabajo. Si no atrapo a esos bastardos, entonces ellos van a matar a un montón de esos chicos disfrazados de marines.

Sargento de artillería CARLOS HATHCOCK,
francotirador del cuerpo de Marines

Alarga la mano y alcanza a alguien

Cuando la Marina de los Estados Unidos envía a su élite, mandan a los SEAL. Cuando los SEAL envían a su élite, mandan al Team Six de los SEAL, el equivalente de la Marina a la Delta Force del Ejército de Tierra, que tienen encomendada la misión de antiterrorismo y antiinsurgencia, y de vez en cuando trabajan con la CIA. Esta es la primera vez que la historia de un francotirador del Team Six de los SEAL sale a la luz. Es mi historia.

Los francotiradores evitan la exposición. Aunque preferimos actuar en vez de que actúen sobre nosotros, algunas fuerzas están fuera de nuestro control. Dependemos de nuestras fuerzas para explotar la vulnerabilidad del enemigo; sin embargo, durante la guerra en el golfo Pérsico, me volví vulnerable, en tanto que era la única persona en la cubierta de un barco enemigo lleno de tripulantes que trabajaban para Saddam Hussein. Y en otra ocasión, a pesar de ser un maestro del disimulo y la ocultación, permanecí tumbado y desnudo en un avión, en una pista de aterrizaje de un país del Tercer Mundo, con agujeros de bala en ambas piernas, la derecha casi había saltado por los aires por la bala de un AK-47. A veces tenemos que enfrentarnos a lo que tratamos de evitar.

En la oscuridad matutina del 18 de septiembre de 1993, en Mogadiscio, Somalia, Casanova y yo nos deslizábamos lentamente por la cornisa de un muro de contención y escalábamos hasta la cima de una torre de seis plantas. Incluso en esta hora temprana ya había gente

desplazándose por la zona. Hombres, mujeres y niños se relajaban en las calles. Yo olía como encendían los fuegos matutinos, alimentados por el estiércol seco de los animales y por cualquier otra cosa que pudiera encontrar la gente para quemar. Los fuegos calentaban cualquier alimento que los somalíes se hubieran arreglado para conseguir. El señor de la guerra Aidid sabía muy bien el poder que le daba controlar el suministro de alimentos. Cada vez que yo veía un niño que se moría de hambre, culpaba a Aidid por su juego de poder malvado que facilitaba esa devastación de la vida.

La torre en la que estábamos se encontraba en medio del complejo paquistaní. Los paquistaníes eran profesionales y nos trataban con mucho respeto. A la hora del té, el chico encargado de servirlo siempre nos traía una taza. Incluso le tomé gusto a la leche de cabra fresca que utilizaban en él. Los sonidos y olores del cabrero del complejo llegaban hasta mis sentidos mientras Casanova y yo nos movíamos sigilosamente hasta el otro extremo en la parte superior de la torre. Ahí permanecemos tumbados, mirando un amplio garaje, un taller de chapa sin tejado. Alrededor del garaje había una ciudad de desesperación. Los somalíes caminaban con dificultad y con las cabezas y hombros agachados. La impotencia oscurecía sus rostros, y el hambre ceñía con fuerza su piel sobre sus huesos. Dado que esta era una parte «mejor» de la ciudad, los edificios de varias plantas estaban bastante bien arreglados. Había bloques de casas de cemento en lugar de los cobertizos y galpones de hojalata y madera que dominaban la mayor parte del resto de la ciudad y el campo. Sin embargo, el olor a excrementos humanos y a muerte —mezclado con el de la desesperación— llenaba el aire. Sí, la desesperación era un olor. La gente utiliza el término «países en vías de desarrollo», pero eso son chorradas. Lo que se desarrollaba en Somalia eran cosas como el hambre y los enfrentamientos. Creo que «países en vías de desarrollo» es simplemente un término utilizado para que los que lo acuñaron se sientan mejor. No importa cómo los llames, el hambre y la guerra son dos de los peores acontecimientos imaginables.

Calculé las distancias exactas a ciertos edificios. A la hora de realizar un disparo de francotirador hay dos consideraciones principales a tener en cuenta, el efecto del viento en el proyectil y la altitud. Dado

que no había un viento significativo que pudiera desviar mi disparo a la derecha o a la izquierda, no tenía que compensarlo. La altitud es la variable que se toma en cuenta para calcular el alcance o la distancia al objetivo. Teniendo en cuenta que la mayoría de mis objetivos principales estaban entre los 180 metros (garaje) y los 600 (intersección más allá del garaje), ajusté la mirilla a 450 metros. De ese modo simplemente tendría que sujetar mi rifle más alto o más bajo dependiendo del alcance. Cuando empezara el tiroteo, no habría tiempo para ajustar el alcance de la mirilla entre los disparos.

Comenzamos nuestra vigilancia a las 06:00. Mientras esperábamos a que nuestro agente nos diera la señal, jugué con diferentes escenarios en mi cabeza: un enemigo que aparece repentinamente en un lugar, después otro que surge en otro, etc. Localizaría, apuntaría e incluso haría un disparo simulado, experimentando con mi respiración ensayada y marcando el movimiento rutinario mientras me imaginaba el combate real. Entonces simulé la recarga y recuperación de mi Leupold de diez aumentos, para seguir escudriñando más «comemocos». Había realizado estos disparos sin munición y reales miles de veces —en mojado, en seco, cubierto de barro, aislado por la nieve, desde un agujero excavado en la tierra, desde un escondite de francotirador urbano a través de una ventana parcialmente abierta, y casi de cualquier otra forma imaginable—. Las palabras con las que nos habían taladrado la cabeza desde que habíamos comenzado nuestro entrenamiento SEAL eran verdad. «Cuanto más sudéis en tiempo de paz, menos sangraréis en la guerra.» Ese día concreto estaba a cargo de asegurarme de que ninguno de mis colegas de la Delta Force hiciera agua mientras cubría su entrada en el garaje. Que mis colegas no sangraran en la guerra era tan importante como que no lo hiciera yo.

Nuestro objetivo en esta misión era Osman Ali Atto, el principal financiero del señor de la guerra Aidid. Aunque Casanova y yo podríamos haber sido capaces de reconocer el objetivo por nuestra anterior vigilancia, se nos ordenaba que obtuviéramos confirmación de su identidad del agente de la CIA antes de dar la orden de intervenir.

No se me escapaba la ironía de que estábamos capturando a Atto en lugar de matarle —a pesar de que él y su jefe hubieran matado a

cientos de miles de somalíes—. Sentía que si pudiéramos matar a Atto y a Aidid, podríamos detener la lucha, proporcionar la comida a la gente rápidamente y volver a casa sanos y salvos.

No fue hasta aproximadamente las 08:15 cuando nuestro agente finalmente nos hizo la señal prefijada. Él hacía esto porque la CIA le pagaba bien. Yo había descubierto de primera mano, cuando trabajaba con la CIA, cómo las recompensas podían influir en la lealtad.

Cuando vimos la señal, Casanova y yo lanzamos «el paquete completo». Helicópteros Little Bird y Black Hawk cubrieron el cielo. Durante ese tiempo los operadores de la Delta tenían literalmente sus culos colgando —el entorno urbano proporcionaba demasiada cobertura, demasiados escondites, y demasiadas rutas de escape para el enemigo—. Todo lo que tenía que hacer un elemento hostil era disparar unos cuantos tiros a un «helo» o un Humvee, retroceder entrando en un edificio y dejar su arma. Incluso si volvía a aparecer, no sería considerado hostil sin un arma. Las cosas pasaban rápidamente, y el entorno era implacable.

Los operadores de la Delta Force se deslizaron con una «cuerda de rápel» dentro del garaje, los rangers hicieron lo mismo alrededor, y los Little Birds volaron por encima de los francotiradores de la Delta protegiendo a la fuerza de asalto. Los hombres de Atto se dispersaron como ratas. Pronto milicianos enemigos aparecieron en la zona disparando a los helicópteros.

Normalmente los francotiradores operan en una relación localizador-francotirador. El localizador identifica y calcula la distancia de los objetivos, y se la transmite al francotirador para que ejecute el disparo. No iba a haber tiempo para esto en esta operación —estábamos metidos en un combate urbano—. En este entorno, un enemigo puede aparecer por cualquier parte. Es aún peor, el enemigo va vestido igual que los civiles. Teníamos que esperar a ver cuáles eran sus intenciones. Incluso si aparecía con un arma, cabía la posibilidad de que fuera un miembro de un clan aliado. Teníamos que esperar hasta que la persona apuntara el arma en dirección a nuestros muchachos. Entonces nos aseguraríamos de que el enemigo dejara de existir. No habría tiempo para pruebas o segundos disparos. Tanto

Casanova como yo blandíamos fusiles de francotirador Win Mag de .300.

A través de mi mira telescópica Leupold de 10 aumentos veía a un miliciano a 450 metros disparando a los «helos» desde una ventana abierta. Tomé nota mental para mantener bajo el ritmo de mi corazón y centré el punto de mira en él mientras mi memoria muscular se hacía con el control —la culata firme en el hombro, la mejilla situada detrás de la mira, los ojos enfocados en el centro del punto de mira en vez de en el enemigo, y mi dedo presionando suavemente el gatillo (aunque solo tenía una ligera resistencia de un kilo)—. Sentí el gratificante retroceso de mi rifle. La bala le golpeó en un lado del pecho, entrando por su izquierda y saliendo por su derecha. Empezó a sufrir convulsiones y a combarse, cayendo hacia atrás hacia el interior de la habitación. Rápidamente regresé a mi mira y escudriñé. «Ahora comienza el juego.» Todos los demás pensamientos abandonaron mi cabeza. Era uno con mi Win Mag, escudriñando mi sector. Casanova también lo hacía con el suyo.

Otro miliciano que llevaba un AK-47 salió de una puerta contra incendios del lateral de un edificio, a 275 metros de mí, y dirigió su rifle hacia los operadores de la Delta que estaban asaltando el garaje. Estoy seguro de que, desde su posición, pensaba que estaba a salvo de los asaltantes, y probablemente lo estaba. No lo estaba de mí —275 metros ni siquiera era un desafío—. Le disparé a través de su lado izquierdo y la bala salió por el derecho. Se desplomó hacia la puerta contra incendios, nunca sabría qué le había golpeado. Su AK-47 yacía silente a su lado. Alguien trató de alargar el brazo y recoger el arma —una bala de mi Win Mag puso fin a eso—. Cada vez que realizaba un disparo, inmediatamente me olvidaba de ese objetivo y escudriñaba otro.

El caos estalló dentro y fuera del garaje. La gente corría por todas partes. Little Birds y Black Hawks llenaron el cielo con las ensordecedoras ondas expansivas de los rotores. Sin embargo, yo estaba en mi propio pequeño mundo. No existía nada fuera de mi mira y mi misión. Dejemos que los chicos de la unidad manejen sus asuntos en el garaje. Mi trabajo era alcanzar y tocar al enemigo.

Esta no era la primera vez que había matado por mi país. No sería la última.

Pasaron unos pocos minutos mientras seguía escudriñando. A más de 700 metros, apareció un tipo con un lanzador RPG en su hombro, preparándose para disparar a los helicópteros. Si le eliminaba, sería el acierto hecho desde mayor distancia de mi carrera. Si fallaba...